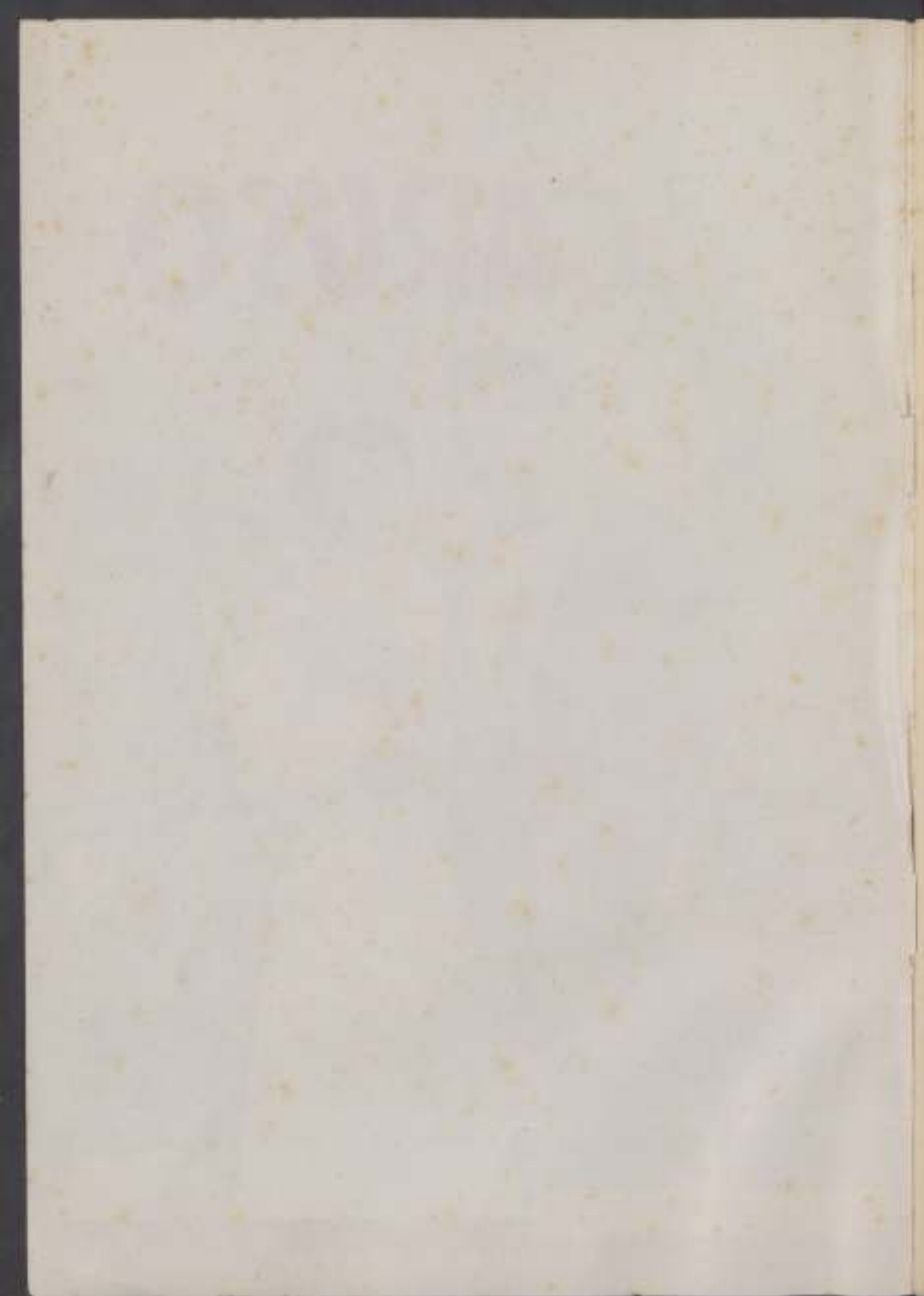


el gran
CARUSO



EDICIONES PAULINAS - MADRID

Film de la M. G. M. con ANN BLYTH y MARIO LANZA



EL GRAN CARUSO

(THE GREAT CARUSO)



PERSONAJES E INTERPRETES:

Enrique Caruso . . .	MARIO LANZA
Dorothy Benjamín . .	ANN BLYTH
Luisa Haggart	DOROTHY KIRSTEN
María Selka	JARMILA NOVOTNA
Carlos Santi	RICHARD HAGEMAN
Park Benjamín	CARL BENTON REID

Dirección de Richard Thorpe

METRO · GOLDWYN · MAYER
(EN TECNICOLORE)

J. GRAY CARLSON

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

THE GREAT CHIEF

el gran CARUSO

- 1) La madre de Enrique Caruso, enferma desde hacía tiempo, falleció cuando su hijo cantaba para ella en una pen-
sión que pasaba por su calle.



- 2) De mayor se hizo cantante de ópera, pero renunció al canto para dedicarse a la industria por amor a Mistinguett, cuya mano había pedido.



3) El canto, sin embargo, lo llevaba en su sangre. Un día, el molinero Barretto, padre de...

- 4) ...Musetta, lo sorprendió cantando por aquí con unos amigos. La partida de farol quedé en la calle y la lluvia lo empapó por completo. Había perdido a Musetta.





5) Se marchó al extranjero; contó y consolidó su fama. Un día volvió a Nápoles en busca de Masetta.... que se había casado.

6) En Norteamérica conoció a la soprano Luisa Reggar en el debut.





7) A pesar del aplauso general, la crítica se le muestra adversa. Canuso está por marcharse de allí.

8) Nuestro tenor accede a las instancias de unos amigos. Cambia otra vez y obtiene un éxito clamoroso.





9) Cuando recibe la enhorabuena de la Heggart, encuentra a ésta muy atractiva.

10) Por haberla invitado, suscita las iras del que creía su padre, que no es sino un admirador: el señor Benjamin.





- 11) Habiendo ido a casa de la Heggaz para disculparse, conoce en ella a Dorothy, la hija de Benjamín.
- 12) Llegan los demás invitados, todos gente de teatro, y Benjamín insiste en que se sustituya a Corum.





13) Miss Hoggart y Dorothy lo sienten mucho.

14) Y Dorothy, en coloquio privado, lo convence para que no desista, porque él es, en verdad, el mejor cantante.





15) Caruso se deja convencer y comienza a sentirse enamorado de la hija de Benjamin.



16) Ella lo hace feliz, acompañándolo en todas sus triunfos. Hasta que...

El gran Caruso

Texto de M. C. CARO DE ROSAS

¿Qué era, cómo era Nápoles en febrero de 1873? Lo que siempre ha sido y será: pura maravilla de la Naturaleza! Cielo, colinas, mar y el penacho del Vesuvio al fondo, que saluda riachadándose, blanco, sobre el cielo azul intenso. (Una gran palpación humana!... Hombras que voccean, gesticulan, riñen, se besan ruidosamente y siempre dispuestos a degollaras por amor o por odio, prontas a tomar una sábana de su cama, si es que tienen cama y sábanas, para darle a ella más necesidad que ellos. Un coro enorme, pintoresco, vivaz, amareco, en un anfiteatro que no tiene igual.

Dice asiste a sus representaciones sin otro intervalo que el descanso nocturno y se acurra, se enoja, se consume; es un Dice hecho realmente a imagen y semejanza de los partenopeos, que también se han forjado sentos a gusto de su paladar. Entre los santos adoran a San Lenaro, el de la sangre que se disuelve en la ampolla con el calor de las escendidos plegarias, de los suspiros precedentes... Lo veneran y lo maltratan, es decir, lo tratan de tí, la única manera de querer bien para los napolitanos.

La Nápoles de siempre, la de la lotería, de la opulencia vistosa y tendena, de la miseria vestida con trupos multicolores y por eso menos triste, reportado sin arrugancia, con dignidad y aniblemente. La Nápoles de la calle Caracciolo y de Toledo, del Vomero y de Posilipo, de las palacios altas de la costa y de los «hijos», de los suctos, lóbregos y solocantes barrios populares.

Pero el 27 de febrero de 1873 fué un día memorable para Ana Caruso y para su esposo porque, al cabo de unos años de unión íntima, aunque bastante modesta, después de tantos «a más», les vino bien, por fin, un hermoso niño, que pesaba cuatro kilos y una onza (papá Caruso estimaba más aquella onza que todos los dientes de su boca). Un niño precioso, que abrió los ojos en seguida de nacer, y diciendo de una voz que a todos sorprendía.

El padre de la criatura, que había estado en la cocina esperando que viniese al mundo temudose a pequeñas acobas vasillas de vino para reanimarse, pues le habían asegurado que tampoco este vástago tendría vida, acogió al hijito con una profecía y se lo ofreció a la venerandísima Virgen de Pompeya.

Cuando la señora que asistía a su mujer, Ana, se asomó por la puerta de la habitación con cara radiante de contento y, alargando el brazo derecho, le dijo «Pase usted», saltó de la silla, volcando el vaso y derramando todo su contenido (¡señal de una gran suerte!) y se precipitó en los brazos de Ana. Allí estaba el recién nacido, pancita arriba, con más color que un salmón y barrecando que era un primar.

—¡Tenemos un tenor! ¡Os digo que será tenor! —comenzó a decir su padre bromando, lleno de felicidad.

¡Cuántas veces repitió papá Caruso a los amigos, muy orgullosos por los triunfos del hijo, aquellas palabras que fueron las primeras que pronunció a la vista de su futuro diablillo!

—¡Por mí, por mí!—decía golpeándose el pecho.

en la mano—, por mí ha nacido tan divinamente! ¡Ay, Ana, qué feliz me has hecho con este hijo! —dijo en seguida a su mujer—. ¡Gracias a ti y a todas las santas del cielo!

Y Ana, volviéndose al pequeño, que, recién lavado y fajado, parecía un patriarca en su cuna, le dijo con sonrisa un tanto trística:

—¡Bienvenido seas, encanto mío! Te llamaremos Enrique, rey de la casa.

El diminuto rey creció sano, esbelto, amigo de la compañía y de los juegos ruidosos, afectuoso en casa, cumplidor en la escuela, aunque algo distraído y revoltoso; muy respetuoso en la catequesis y en la iglesia. Un napolitanito cien por cien, con ojos morenos que veían por detrás y por delante, con dos piernas firmes y un tupo de color azabache sin posición fija. Y, además..., era sincero; no habría podido mentir ni aun queriéndolo. Pero no quería tampoco. Cuando hacía alguna travesura entraba en su casa como perrito opaleado y vagaba por las dos piezas de la casa sin atreverse a levantar la vista delante de su madre. Ella se lo adivinaba en seguida, pero no le decía nada. Esperaba la confesión, que no faltaba nunca, hecha con la cabeza metida en su regazo y sollozando.

Su madre lo adoraba; pero parecía como si aquel chico vampiro y sangote, conforme iba creciendo, le fuese chupando a ella la vida y la sangre. Su rostro no era ya rosa pálido, uno de los mayores atractivos de las napolitanas de clase humilde, y que veían al fuego de sus bellísimos ojos; era un pálido amarillento de cura que se consume lentamente. Y su delgadez denotaba la ausencia del vigor propio de una persona joven; era la desecación de la novia, con lo que un árbol se deshoja, se seca y se muere.

Religiosa como sólo saben serlo las mujeres napolitanas, esto es, con esa abundante piedad y confianza absoluta en Dios, que hace a las tenguas por fatalistas, Ana sentía tan sólo que su hijo feste tan pequeño aún y el marido demasiado joven. ¿Qué harían uno y otro sin ella? ¿Quién iba a cuidarlos, a protegerlos con sus plegarias y amarlos como ella los amaba? La bondad generosa e impulsiva de Enrique la preocupaba más que otra cosa alguna. Los buenos están predestinados para sufrir...

Papá Coruso, en cambio, no sentía ninguna preocupación por el hijo. Enamorado sano, era bueno y

tenía una voz extraordinaria y un oído... Formaba parte del coro parroquial bajo la dirección del Padre Bronzetti, que tocaba el órgano maravillosamente. Cantaba también los solos, y su voz blanca de ángel subía, subía, sostenida y vibrante como el sonido en una flauta. Llamaba la atención en las funciones religiosas y en las procesiones, y los amigos y conocidos le hacían interrumpir el juego para que los deleitase con sus conitos. Eran canciones de Piedigrotta, dulces y apasionadas, y cánticos litúrgicos escogidos al oír; mezclaba lo sagrado con lo profano, pero todo lo interpretaba de manera deliciosa, insuperable.

Siempre cantaba al despertarse por las mañanas, y su madre, escuchándole, daba por moribundas, si no por desahucadas, las penas sufridas en la noche:

—¡Así se resa al Señor?

—Así, como las golondrinas.

Enrique adoraba a su madre, pero no sólo porque era una mamá en el más hondo sentido de la palabra, sino también por lo pálida que estaba, por verla tan delgada y tan bella.

—¡Te parecen—le dijo un día—a la Virgen de las Dolores!

Tenía, efectivamente, un perfil clásico: la nariz, recta; los arcos de la boca y de las cejas, perfectos; la cabellera, suave y brillante, anudada en gracioso rodete sobre la nuca; sus manos eran alargadas y finas, manos de señora, unas manos de virgen de cura...



Todos los niños cantores habían acudido a la sacristía para el último ensayo. Por la tarde deberían salir en la solemne procesión anual del barrio, yendo detrás del pullo del Sentisimo.

Enrique, que estaba entre sus dos compañeros inseparables, Funtú y Gino, dos chiquillos de la barriada, inteligentes y desahucados como él, era el que antecaba los cánticos, y los demás le seguían. De pronto se acomodó por la puerta una carita gentil algo morada. Fucito le dio con el codo a Enrique, y Gino dijo entre dientes, conteniéndose la risa:

—Es la novia de Enrique.

—Nena, déjalos estar, no los distraigas—dijo el Padre Bronzetti.

Pero la niña se adelantó más decidida.

—La mamá de Enrique... ¡Se ha desmayado, se ha desmayado!

Enrique se quedó pálido y se fué corriendo. Facilo y Gino se marcharon detrás y llegaron todos juntos en pocos minutos.

La señora Ana se hallaba en su habitación sentada en una silla, arropada con un chal. Parecía una estatua.

Enrique se arrojó sobre ella y abrazarla temblorosa.

No quería, no, volver a la iglesia. No le importaban ni su hermosa voz ni el ensayo. Sólo deseaba estar con su madre. Cuando vió apartarse al Padre Angel, el confesor de su madre, que Musetta había llamado corriendo, Enrique se puso a llorar:

—¿Qué me ocultas, mamá?

El Padre Angel se le acercó y pudo convencerlo de que se marchase con sus compañeros; él se quedaría con la mamá, y ésta le oíría cantar cuando pasase la procesión por debajo de su ventana.

—¿Me verás, mamá?

—Conoceré tu voz.

El Padre le dió un fuerte abrazo, y él, una hora después, venido de arriba, con una vela en la mano, entre dos filas de fieles, al desembocar en su callecita estrecha y tortuosa, elevó la voz para que su madre lo oyese y miró hacia arriba, a la ventana... Estaba cerrada. La puerta de la calle se veía entornada. Notó que la vista se le iba y que la voz no le salía de la garganta. Estuvo a punto de caer; tropezó, se repuso y, con su circuncisión deshecho de angustia, continuó cantando para ella, que lo oía... desde el cielo.

Por unos momentos tan sólo cantaba él, porque sus compañeros, que se habían dado cuenta de lo ocurrido, lloraban, tocándose el pecho con la barbilla.



Terribles fueron los primeros días en aquel valle espumoso; muy tristes los primeros años sin aquella sonrisa y sin aquella luz. Papó Coruso, conceder del gran aprecio que Ana sentía por la

voz de su hijo, que consideraba como un verdadero tesoro, quiso que continuase con el Padre Bronzetti. Más adelante, cuando ya le conocían fuera del barrio, comenzó a cantar en locales públicos, acompañándole una modesta orquestina. No ganaba mucho, pues dependía de la generosidad del público, formado casi siempre por amigos y conocidos, que le aplaudían con entusiasmo, y por gente humilde, que apreciaba en su justo valor las cualidades raras del chico, pero que tenía poco dinero en sus bolsillos.

Enrique, llevado enteramente por su pasión, se contentaba con poco. Era ya un hermoso muchacho de cabellos azorizados, pecho de boxeador, cara franca y simpática, que inspiraba confianza y respiraba serenidad. Su idilio infantil con Musetta había crecido con el tiempo, proporcionalmente al desarrollo de los dos chicos. Se querían como se quieren dos almas inocentes, si bien aun no se habían hablado de amor.

El padre de Musetta, el señor Barretto, era dueño de un floreciente molino harinero, que dirigía en persona; tenía puesta una casa fastuosa, y los vecinos lo consideraban como el señorito del barrio. Pero a Enrique no le interesaban las riquezas de Musetta, que era hija única; le importaba solamente ella, tan dulce y gentil en todo momento.

—Los ricos—decíale a Coruso su padre, que se había dado cuenta de todo desde hacía tiempo—sólo quieren el dinero. Barretto ha podido cambiar de ropa, pero sigue siendo el bruto de un año, mezquino y avaricioso. Será mejor que pienses en otra muchacha. ¡Yo fui feliz con tu madre, y los dos éramos una pobres!

Pero Enrique tenía veinte años y estaba muy seguro de sí mismo y de Musetta. Por lo mismo, pasó una levitación a toda la familia Barretto para asistir a la inauguración de un café. Cantaría él, interpretando canciones napolitanas. El suegro—pensaba—quedaría embobado y...

Aquella noche había allí mucha gente alegre y ansiosa de divertirse. Enrique cantó y fué ovacionado, haciéndosele repetir así todas las canciones. Él se alegró y miraba complacido a Musetta, a su madre, bastante silenciosa con sus joyas y el rico vestido, recargado de adornos, y a su padre, que llevaba una especie de frac y parecía que fuera a reventar con su cuello duro. Musetta estaba entusiasmada; la madre acompañaba al titán

con su pie-busca señal—; pero el padre, rojo como un pavo, conservaba su ceño de siempre.

Lleno de cordiansa, animado por las repeticiones que se le pedían, cantó Enrique unas pocas por la plataforma y, llevándose la mano a la parte del corazón, dijo:

—La próxima canción la dedico a la gentil señorita Musetta Barretto. Es para mí un grandísimo honor verla aquí en compañía de su señor padre, el conocido industrial don Egipto Barretto y de su encantadora mamá.

—¿Qué cara más dura!—murmuró entre dientes el acreditado industrial; pero las dos mujeres, halagadas y algo sofocadas, sonrieron a Enrique, ruborizándose.

Pero cuando, a la terminación del acto, pasaron por entre el público para recoger con qué pagar la orquesta y al cantante, herido en el corazón, es decir, en la cartera, todavía se puso más sucarnado el señor Barretto.

—¡Ese no es más que un mendigo, un pordiosero! ¡Vaya persona!



Satisfecho por el éxito y por la presencia de Musetta, Enrique no se dio cuenta de nada más y volvió a su casa con los amigos, continuando sus cantos bajo las estrellas. Algunos días después se puso su mejor traje y pidió a los señores Barretto que lo recibiesen. Musetta, de acuerdo con él, persuadió a su madre para que convenciese a su padre, y Enrique ha recibido por toda la familia en el salón de lujo, muy recargado de botarines, centinos, candelabros, relojes, miniaturas y mil objetos inútiles.

La señora Barretto, vestida de gala, estaba rígida en un sillón episcopal de alto respaldo, tallado profusamente. Musetta, vestida de becado blanco, se acomodaba en un taburete, y a Enrique le hicieron sentarse en un sillón junto a un gran quinqué de globo pintado. La reunión era solemne, pero Enrique no se inmutó por nada y habló con el corazón en los labios. Estaba enamorado de Musetta desde que era pequeñito. También su pobrecita madre quería mucho a la chica.

De pie ante ellos, justificando, el futuro suegro habló en seguida del asunto.

—Tú quieres una mujer; yo quiero un hijo. Tú quieres a Musetta, y yo le quiero a ti. Eres un buen muchacho y serás mi heredero, pero cantando no se sostiene una familia con dignidad, y mi yerno no debe pedir limosna. ¡O dejas de cantar, Coruco, o dejas a mi hija!

Era un lenguaje de hombre sincero, y Enrique, después de haber defendido su canto, subrayando que todos aprecian el canto porque ahuyenta las penas, alegría a los demás y llena corazones vacíos, terminó por aceptar las condiciones de Barretto. Renunciaría a su carrera y sería el brazo derecho del suegro en el negocio de la harina.

Así sucedió, con gran asombro y no pequeña contrariedad de sus amigos, especialmente de Fecito, que algunas veces le acompañaba gustoso al piano con un mazo loco, en pie Enrique sobre unos bancos enormes o quitando un par de mulas.

Su boda con Musetta se celebraría antes de la terminación del año, y él cantaría solamente para ella por las noches, después de las fatigosas jornadas de trabajo.

Para un día, al pasar por delante del café de Ricardo, en el que se había estibado aquella noche memorable, Enrique colgó los ramoles en el cuello de las mulas y entró en el local.

—¡Qué contenta se pondría tu madre si te viera en este instante!—le dijo el dueño del establecimiento.

—¡Quién sabe!—repuso Enrique.

Después, llamado por Fecito, que estaba ensayando al piano las últimas canciones de Piedigrutta, se dirigió con él.

Ahora que tenía los dineros a coparse ya no se acordaba de los amigos ni se dignaba mirarlos tan siquiera, a pesar de lo bien que anteriormente lo habían pasado y de tantos proyectos como habían hecho en compañía.

—Yo no me olvido de ninguno—dijo Enrique con viveza—. Sólo que... también hay que comer y ganar dinero.

—Pase mira, aquellos dos que ves allí en la mesa del fondo, comen y beben—beben champagne, por cierto—, y, sin embargo, se dedican al canto. Son dos cantantes del San Carlos: el tenor Alfredo Bruni y el barítono Carmini.

—¡No!—dijo Enrique lleno de admiración.

Entonces lo tentó Fecito y quiso que demostrase a aquellos dos cómo sabe cantar un apollitano.

Enrique cayó en la tentación y empezó a cantar, después de aclarar la garganta, llena de harina, con un vaso de vino tinto.

Cuando terminó, acercóse despacito el tenor:

—¡Una voz muy bonita y bien modulada. ¡ovacion! ¿Has estudiado alguna vez?

—Me ha enseñado el Padre Bronzetti—contestó Enrique muy confuso.

El otro se rió.

—¿Y dónde comes ahora?

—¡Oh!, no como; soy molinero.

—¿Con ese pecho y esa voz?

—Es lo que digo yo—terció rápidamente Facio—. Puede cantar lo más alto, bajo, ligero, despacito. Todo lo sabe.

El tenor, secundado por el barítono, le insistió que cantase más, y el joven se olvidó de todo: de los mulos, de los sacos, del señor Barretto y hasta de Musetta. Cuando más entusiasmado estaba, apareció furioso su futuro suegro. El aturrido, el cantante de perra gorda, el inútil, había dejado el carro en la calle, sin darse cuenta de que había empezado a llover, y el agua de las canaleras había empapado aquel tesoro. ¡Los clientes, la reputación, todo se habría perdido por culpa de aquel holgazán! Desesperado, prometió Enrique que él pondría remedio a todo y le pagaría el perjuicio ocasionado; pero Barretto estaba fuera de sí. Suplicándole, con las manos juntas, volvió Enrique detrás de él:

—Devuélvame su confianza, que yo me haré rico con el canto. Lo acaban de decir aquellas dos señoras del San Carlos. ¡Cubriré de oro a Musetta; ya lo verá usted!

Entonces Barretto pareció calmarse por un momento, se volvió, levantó el índice y, mirando fijamente a Enrique, le dijo:

—Prométeme una cosa.

—¡Todo lo que usted quiera!

—Prométeme alejarte de mi casa, de mi hija y de mi molino. De otra forma, ¡tú sabes lo que te hago? ¡Te mato!

Después se subió al carro, tiro de las riendas, pegó un latigazo y gritó:

—¡Arre! ¡Arre!

*
*
*

—¡Ah! ¡Le pagaré su harina!—dijo Enrique al gándase de pena y de rabia.

Determinó, entonces, ponerse a estudiar con la mayor seriedad y aceptar cualquier papel que se le diese, aunque fuera de comparsa. Comenzó su carrera de artista; pero un león no puede permanecer mucho tiempo confundido con los gatos, y su ascensión fué tan rápida, tan fantástica, que él mismo, a veces, después de una representación en la que había embelesado al público y hecho temblar el teatro con los aplausos, se restregaba los ojos y se decía: «¿Pasa soy yo, de verdad, Enrique Caruso, el gran molinero?»

Sucedía como en una novela por entregas: le admiraban el Sultán de los turcos, el Rey de Bélgica, el Zar de todas las Rusias... Tenía honores y dinero. Pero, en el fondo, continuaba siendo el muchachito generoso, sencillo y simpático que siempre escuchaba la voz del caracol. No se había olvidado de los amigos, ni de su padre, ni de su Nápoles, y ni siquiera de Musetta, la pobre chica, que ¡Dios sólo sabría cuánto estaría suspirando porque volviera!...

Regresó un día sin avisarlo a nadie, después de una gira triunfal. Era elegante, con elegancia muy partenopea. Vestía un traje azul con rayas blancas, chaleco blanco con pesada cordón de oro. Llevaba la corbata escocesa de palomita, pañuelillo de seda en el bolsillo superior de la chaqueta, una flor fresca en el ojal, botón con empuñadura de marfil y sombrero de paja flexible, levantado por un lado. Hizo parar el coche en la puerta de su casa, de aquella en que murió su madre; pero su padre se había ido a la barbería de Gino, uno de sus dos amigos íntimos. El otro era Facio, que le había acompañado a todas partes. Sentado delante del espejo, con la toalla al cuello, papá Caruso estaba bromeando sobre la incolumidad de su persona, confiada a un «maestro» como Gino, cuando entró Enrique, diciendo:

—¡Tan sólo tengo un padre, Gino; así es que mucho cuidado con él!

Fué un abrazo muy fuerte. ¡Qué elegante y qué señor parecía! Cuando papá Caruso supo que le había traído un reloj de oro, perdió la chaveta. Pero Enrique llevaba regalos para todos, incluso para el señor Barretto.

—Todo con mi canto. ¡Fijos! ¡Doscientos liras la función! Al principio, yo mismo se podía creerme, ¡tendré como a una princesa a la hija del molinero!



17) ...después de un idilio tierno y afectuoso, deciden casarse, a pesar de la oposición del padre, que, furibundo, no se entera del matrimonio en proyecto.

20) Las Navidades de aquel año lo encontraron triunfante y dichoso como nunca, en la cima de su propia parábola...



18) Caruso, entretanto, continúa su ascensión maravillosa y conquista literalmente a las muchachumbres.

21) ...y sus triunfos se cuentan por el número de actuaciones en la ópera.



19) Vira rodeado de amigos fieles, algunos de ellos prisioneros suyos, a los que ha protegido generosamente.

22) En esta ocasión canta, como cuando era niño, en el coro de la iglesia, pensando en su madre, que desde el cielo se sentiría satisfecha de él.



Pero, ¿qué les pasaba? ¿Por qué estaban tan callados y cavilosos? Barreto le abriría los brazos al verle rico; ¡le quería muy bien!

Entonces le dirigió su padre una palabra de aliento y, como si fuera él culpable de algo, le dijo:

—¡Musetta se ha casado!

Enrique dio un salto y, sin despedirse de nadie, salió de la barbería, marchándose a paso ligero. Gino le siguió y se puso a su lado.

—¡Si te hubiese querido de verdad, te habría esperado!

Enrique caminaba sin parecer escucharle. Luego se paró de pronto. Gino se quedó mirándole con admiración. ¡Dichoso él, que daba la vuelta al mundo, que ganaba una fortuna y vestía como un millonario.

—¿Quieres venirte conmigo?

Gino se quedó aturdido.

—Yo no sé tocar el piano como Fuchio. ¡Yo sabes que soy barbero!

—¿Qué tiene eso que ver? ¡Yo necesito un amigo, y tú serás ese amigo!

Después le entregó dinero para que le pagase al conocido industrial la harina que se había estropeado con la lluvia y le indicó la hora en que debería hallarse en la estación aquella misma tarde. Quería poner muchos kilómetros entre Musetta y su herido y desilusionado corazón.

*
* *

Furieron en dirección de Londres. Caruso se encontró con el Covent Garden. Actuaba en compañía de Maria Sella, una de las más célebres cantantes de aquel tiempo. Una gran cantante era, pero también una señora antipática, más presumida que extravagante.

Enrique llegó al escenario cuando todos—empresario, maestro y músicos—estaban preparados para empezar. Se excusó con todos por la tardanza, pero se quedó de piedra al observar que la Sella se reía despectivamente y decía:

—Ya lo veis: bien se conoce que es un tenor italiano.

Dio éste un paso adelante, pero recibió una lluvia de insultos, dirigidos con odio. Le cogió el sombrero por el ala y se lo tiró bien lejos.

Enrique tuvo entonces una de sus acostumbrados arrebatos y abandonó el escenario vociferando:

—¡Esta tia es una bruja y una mujercuela indecente!

Tuvieron que emplearse todos muy a fondo para que se aplacara. Se quedó cuando el empresario le dio permiso para matar a la bruja—que, por lo demás, cantaba como un ángel—, pero después de la función.

Fué un triunfo apoteósico.

El empresario, Scott, al terminar, le dijo melodramáticamente:

—¡Tiene usted Londres a sus pies!

Al dirigirse a su camarino para mudarse oyó que le llamaban. Era ¡Alfredo! ¡Alfredo Inesi, el tenor que le había animado, ayudado y puesto en el camino del triunfo! Estaba muy envejecido y delgado. Inmediatamente le presentó a todos como un célebre tenor. Después se quedó con él en el camarino.

Creía que habría ido a Londres en jeta artística, y, sin embargo, se encontraba allí desde hacía cinco años. Había perdido la voz y... trabajaba en una casa de banca, en donde abría la puerta... al banquero.

—Dile que se la abra él. Yo tengo necesidad de un apoderado para ultimar los contratos, los conciertos, las tournées. Descárgame tú de todas estas molestias.

Antes de que pudiese contestar, abrió la puerta y presentó a sus amigos al «apoderado».

*
* *

Le quedaba pasar por la última prueba: debutar en el Metropolitan, de Nueva York, uno de los teatros líricos de mayor cabida y de los más afamados. Pero el éxito del Covent Garden le había abierto el camino a través del océano.

También llegó con algún minuto de retraso al Metropolitan. Se había desorientado algo y perdió tiempo. Pero no encontró ninguna cara hostil; por el contrario, le acogió con dulce sonrisa la cantante que debía presentarse con él en escena, una joven rubia, muy simpática y sobremanera elegante. Se trataba de la celebrada soprano Luisa Neg-

gar, Enrique se llegó a oír las palabras de un caballero de cierta edad y mucha distinción que tenía Luisa a su lado:

—¡Vaya! ¿Este es el gran Caruso? ¡No es, ciertamente, un Jean de Reszel!

—¡Por el aspecto, no; pero ha tenido un éxito tremendo en Londres.

Enrique conquistó en seguida la simpatía de todos. Dió las más expresivas gracias a Heggur por no haberle puesto mala cara y le prodigó los más exquisitos cumplimientos.

—¡Una criatura tan bella y fascinadora no debiera ser una «prima donna»!

Ensayaron juntos el *Aida*, Luisa cantó «Nuní, píetá», y Caruso, después de ensayarla mucha, atacó «Celeste Aida».

—¡Qué voz tan magnífica!—dijo Luisa, a su vez.— ¡Será un éxito clamoroso!

Intervino entonces el señor de edad y de distinción, rogando a Luisa que se quitara de la corriente.

—Vedré por ti después de la función.

Enrique, muy satisfecho y atraído por la gentil y hermosa criatura, se le ofreció para acompañarla a casa..., con permiso de su señor padre. Pero pronto conoció que se había colado. El caballero se fué enfadado, sin saludarle tan siquiera, y las demás se quedaron perplejas.

—El señor Benjamín—explicó el empresario—es uno de los principales accionistas del Metropolitan.

Después le informaron de que el señor Benjamín era muy amigo de Luisa y el más entusiasta de sus admiradores, a pesar de la edad y... de la distinción. ¡Buena la había hecho! Pero con su impetuosidad característica, decidió al instante remediar la falta, y corrió a casa de miss Heggur para rogarla que le disculpase ante el señor Benjamín.

Llegó a prepararse, con ayuda de Fuzila, un discurso de ocasión; pero al enfrentarse, no con miss Heggur, sino con una linda muchachita vestida con traje de marinera blanco y azul, de pelo castaño, que le caía por la espalda; de carita diminuta y agraciada, creyó haber equivocado la dirección.

La chica le hizo pasar y le rogó que se sirviese esperar a la cantante, que, efectivamente, vivió allí. La doncella sacó el té y aquella se lo sirvió a Caruso. De esta forma se desarrolló la conversación sin el menor embarazo. Al cabo de unos

minutos, Enrique llamó a Doro, su gentil criada—porque Dorothy es una de las mil palabras inglesas que se pronuncian entre dislates—, y ella le contó que no vivía en aquella casa, sino en un colegio. Ahora estaba de vacaciones. Su madre había fallecido, y Luisa Heggur era la mejor amiga de la familia. También contaba ella, pero solamente en la iglesia.

Cuando llegó miss Heggur, encontró a los dos jóvenes sentados el uno frente del otro como dos viejos amigos. Enrique se puso en seguida en pie.

—Miss Heggur, he venido adrede para disculparme de haber llamado viejo a aquel viejo...

Pero, ¿qué estaba diciendo? ¿Y quién era aquel caballero que asomaba por la puerta? ¡Madre mía! ¡El viejo de aquel viejo! ¡Había sido peor el remedio que la enfermedad! Saludó de prisa, balbuceando coheosamente las excusas, y salió precipitadamente.

—¡Ese hombre es tonto!—dijo el señor Benjamín atañándose al hijo como gato enfadado. Dorothy salió a la puerta detrás de Enrique. Desconoció lo sucedido anteriormente.

—¡Ayúdame usted, señorita Doro, para poner remedio al asunto. ¿Conoce usted al señor Benjamín?

—Bastante—dijo riéndose Dorothy, a quien le divertía la cosa.— ¡Ea mi papá!

—¡Madre mía!

*
* *

La noche de estrano Caruso estaba muy serviso. El teatro se hallaba completamente lleno: las plateas, anfiteatro y gallinero, atestados hasta los topes. El miraba al público por un agujero. Mientras tanto, Luisa le iba diciendo que sólo importaba ganarse a la élite de los palcos, formada por accionistas, financieros y críticos, gente que jugaba más con la cabeza que con el corazón.

—Si usted gusta a esos señores—añadió Luisa—no encontrará público mejor.

El éxito fué resacaante. Batacas, anfiteatro y gallinero, conquistados por el ímpetu y sinceridad del tenor italiano, aplaudieron con frenesí; pero la élite se mantuvo comedida y más bien fría. La Prensa fué su eco fiel.

Mientras el señor Benjamin decía a su hijo que no le había gustado nada y que había sido un error contratar a Caruso, leía éste con ansiedad los periódicos de la mañana en compañía de Alfredo. Se mencionaba repetidamente a Jean de Reszke y poco a Caruso, un cantante que tenía toda la redundancia de un vulgar italiano.

El éxito obtenido se atribuía, desde luego, a las cualidades artísticas de Luisa Heggar y a su denodado esfuerzo. Caruso quedó tan mortificado como un escolar, y el llanto se le acumulaba por ojos y garganta. En vano intentó Alfredo consolarlo, recordándole los aplausos en el *Convent Garden*, del mismísimo Zar en San Petersburgo... Enrique se levantó de repente, y en un arrebato le cortó la palabra y resolvió presentarse al señor Benjamin para elevarle su conducta como sabe hacer un italiano cuando se ve víctima de una injusticia o de la mala fe.

En casa de Benjamin se celebraba una «reunión importante», y el doméstico le hizo esperar en el hall.

La puerta del salón estaba algo abierta, y Enrique pudo ver en él, por una rendija, a Dorothy y a Luisa sentadas en el mismo sofá, muy serias y atentas. Oyó la voz recia y tajante de Benjamin y la exclamación de Gatti, un italiano, empleado del *Metropolitan*. Tan sólo pudo entender las últimas palabras:

—Comprenda usted, querido Gatti, que otra representación como la de anoche desacreditaría para siempre a miss Heggar. Deseo, por tanto, que el nombre de Caruso desaparezca del cartel. También oí la protesta sumamente viva de Luisa:

—¡Pero eso es un atrapeño que no debe hacerse a ningún artista...

En aquel instante entró el criado, y el diálogo quedó interrumpido. Con resolución se puso Caruso detrás del doméstico, le apartó con un ademán y dijo, con voz entrecortada por la cólera y la emoción:

—Yo mismo me hago la presentación. Gatti, ya no cantaré más en los Estados Unidos.

Hubo entonces una acalorada disputa entre Gatti y Benjamin, que pasó a reducir otra vez a De Reszke. Enrique no pudo contenerse más:

—Las comparaciones sólo deben hacerse entre el canto. De Reszke es alto, y yo, bajo; él de más edad, y yo, joven; según dicen ustedes, su

parte es distinguido... el mío, el de un chabacano. Yo, repito, ya lo tengo decidido: me marcho. No cantaré más en América.

No miró en todo el tiempo a la parte de Dorothy, que se había quedado como de mármol. Pero cuando él salió de la estancia, mientras Benjamin insistía en que debía sustituir a Caruso por De Reszke, Dorothy se salió también y paró a Enrique en la entrada. El tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Le pido a usted perdón por mi padre. Anoche asistí a la función y he de decirle que estuvo usted maravillosa.

A Caruso se le había calmado ya la ira, y sólo le quedaban muchas ganas de llorar.

—Quizá tengan razón—dijo—él, los periódicos y la crítica. Me había creído que podría conquistar América en un dos por tres, pero confieso que América no es Europa.

Le interrumpió una voz irritada, que decía con el más puro acento partenopeo:

—Esta gente me vuelve loco. Yo me voy.

—Tullo—vocó Dorothy—. ¿qué le pasa a usted?

—Su padre me ha llamado «extranjero» porque me ha preguntado qué me parecía el nuevo tenor, y yo le he dicho que muy bueno. Los del gallinero estábamos muy entusiasmados, porque lo que es de música entendemos nosotros un rato largo. Me he despedido, ya lo sabe. [También yo tengo derecho a opinar aunque sea un sirviente]

—En el gallinero, sí; pero en los palcos...

—Hay más ojentos en el gallinero, ¡no lo olvide usted!

Dorothy, complacida al escuchar el humilde pero caluroso homenaje tributado a Caruso por un desconocido, le miró con satisfacción.

—Eso es lo que no debe usted olvidar nunca, señor Caruso: tanto para el gran público, que es el más sincero. No se preocupe de la gente remota y de los críticos, que casi siempre son músicos fracasados, como dice Gatti.

Tullo miró entonces reverente al señor que había hablado con Dorothy. No lo había conocido antes...

—Caruso, ¿no le gusta a usted estar aquí?

—Soy yo quien no gusta.

—Corra usted mucho. Apenas ha llegado y ¿ya quiere ser presidente de la república?

Reanimado Enrique, propuso entonces a Tulio, que se había quedado sin empleo, irse con él pero

ayudarle a vestirse. Una hora después le presentaba a sus amigos Gino, Fucio y Alfredo, que le acogieron con viva simpatía.



A la mañana siguiente, la pequeña y fidelísima guardia rodeaba toda ella a Caruso para ayudarla a vestirse, a caracterizarse y hasta a sujetarse la garganta con whisky. Cuando el traspunte fue para advertirle que había llegado su turno, Caruso quiso quedarse solo un instante en su camerino. Sacó un medallón con la imagen de la Virgen de Pompaya, se arrodilló, besó la efígie y dijo:

—Esta noche tú sola puedes ayudarme. ¡Ayúdame! (Ya estoy dispuesto!)

Dorothy acompañaba a su padre en un palco, y cuando tenía su vista clavada en el telón, como acostumbrada, entró Leon de Reske. Con gran asombro de Benjamín, que esperaba verla aparecer en escena, le pidió permiso para ir desde aquel sitio al joven tenor italiano, que había cambiado de parecer.

De Reske fue el primero en iniciar las aplausos cuando, con sencillez y color, terminó Caruso la summa del primer acto de *La Bohème*: «Or che mi conosce, vi piaccio dir, deh, parlare, chi siete?» («Ahora que me conocéis, tened a bien decirme, por favor quién sois».)

Luisa Heggar, deliriosa con los vestidos de cine que llevaba, lo susurró en seguida al oído de Rodolfo entre los aplausos ensordecedores del público.

A la salida de la representación, acompañada por sus incondicionales, encontró Caruso en la noche rodeado por bastantes que no habían podido entrar al teatro por falta de localidades y deseaban escuchar al gran tenor. La mayor parte de ellas eran italianas y aun napolitanas. Caruso no se hizo rogar mucho. Se plantó en el vehículo y dejó oír su voz llena de ardorosa pasión en el silencio de la noche estrellada. Entre la concurrencia, media escondida, vio a Dorothy, que le miraba y le escuchaba deliriosa.

Esperaba a su padre, que había ido en busca de Luisa. Tenía la mano fría, y Enrique la aglutinó muy afectuosamente, como su «mascota», y le puso sus propias guantes.

Por espacio de un año no podían veras Enrique y Dora. Enrique iba de tournée en tournée, de triunfo en triunfo. Regresó una noche y se encontró con periodistas y fotógrafos ante el portón de su casa al anochecer. Los saludó a todos con un alegre y ruidoso cordialidad, y a Tullio le dijo que se fuera para saludar también él a su madre.

Era el 24 de diciembre y debía repartir paquetes y regalos, vestido de Papá Noel, al personal del Metropolitan. Benjamín había enviado una copiosa ofrenda, llevada por Dorothy, que se acercó a Caruso cuando el último niño había recibido su presente.

—La niña ha crecido—dijo Enrique, saludándole muy contento—. Esperamos, Dora: he prometido una entrevista a un joven periodista, pues es éste el primer encargo que le han hecho sus jefes.

Volvió poco después y rogó a Dorothy que se dejase llevar por él. Dorian una vez más juntos por la ciudad, hacían algunas compras y cenaron en un restaurante toscano regentado por un matrimonio muy competente: Pedro y Amalia. Era un local modesto, pero simpático y acogedor. En la mesa, Enrique se atrevió a hablarle a Dorothy de amor por vez primera, y, con la decisión en él característica, le propuso el matrimonio. Dorothy no contestó en seguida; estaba como desconcertada, pero le contestó que ella le había querido desde el primer día que oyó su voz. Hablaría con su padre aquella misma noche.

Temían invitados, y el padre quería que Dora hiciera los honores de la casa juntamente con Luisa. La chica, por el contrario, hubiese preferido ir al concierto organizado para engrasar el empréstito de guerra y en el que participaban todos los artistas del Metropolitan.

En el concierto se puso a sublevar la voz de Caruso, que, por cierto, estaba muy nervioso. Le tocaba salir y Dorothy no aparecía. Lo telefoneó a casa y el camarero le contestó, por orden del señor Benjamín, que la señorita Dorothy tenía convidados que no podía abandonar.

El rematador, entretanto, anunciaba al público que la recordación ascendía al millón de dólares, pero que esperaba se doliese con el artista que iba a cantar, Enrique Caruso, que contaría para el mejor postor lo que éste le pidiese. (Cincuenta mil, cien mil, doscientos mil, doscientos cincuenta mil, trescientos mil...) Se levantó De Vitt, multiplícano-

ria, y ofreció ¡medio millón! inmediatamente la quedó adjudicada la vez de Caruso. El se cogió el aria de los Pagliacci (Payaos): «Vestí la giubba e la faccia infama.» Presentóse Caruso en el proscenio vistiendo un frac impecable y muy atildado. Dió tal sentimiento a su canto y lo interpretó con tal pasión, que provocó una catarata de aplausos. Hizo que Tulio le pusiese el abrigo y se marchó.

Quería verse pronto con Dorothy; deseaba hablarla. Pero sus amigos le retuvieron casi a la fuerza. Conforme se lo había propuesto anteriormente, se fué con ellos a la catedral para oír la Misa del Gallo. Se puso en el coro entre los niños de la escuela y cantó el «Ave María» de Gounod, conmoviéndose hasta saltársela las lágrimas y conmoviendo también a los cantorcitos y a la multitud de fieles. Se le representó aquel día lejano en que murió su madre cuando él iba cantando en la procesión. Toda vez tiene su destino. Tal vez algo muy triste estaba ocurriendo en aquellos instantes...

En aquellos instantes los invitados de Benjamín se estaban despidiendo. Cuando ya el último había salido, Dorothy, al pie de la escalera, pidió a su padre, que le daba las gracias por lo bien que se había portado, que la atendiese un minuto siquiera.

—¡Es tarde para que discutamos ciertas tonterías!

—¡No son tonterías, papá! Ya estoy enamorada de Caruso. Lo único que importa en un matrimonio es que los esposos se quieren de verdad.

—No es cierto—objetó secamente el señor Benjamín—, existen otros motivos importantes, como la dignidad, el buen gusto... No hablemos del asunto, Dorothy. ¡Buenas noches!

Su padre mantenía con testarudez las decisiones que tomaba. Dorothy le sabía, pero ella no podía sacrificar su propio amor sincero y la dicha de Enrique al injusto orgullo paterno. Estaba segura de ser feliz con Caruso no sólo porque era un gran artista, sino también por tener un corazón de oro.

Cuando la casa quedó sumergida en el silencio más profundo, Dorothy, que no se había desahogado, se puso una capa clara y salió furtivamente en busca de Caruso y de sus fieles amigos. La recibieran con gritos de júbilo.

—¿Qué ha dicho tu padre?—le preguntó Enrique.

—¿Qué nos importa lo que haya podido decir? Yo estoy aquí.

Cuando el señor Benjamín supo la suculencia, no dijo ni una palabra; se pateó. Su hija había muerto para él. Más aún: ni siquiera había existido.

Dió orden a la servidumbre de decir a todo el que preguntase por la boda, que él nada tenía que ver, nada en absoluto.

Fueron incontables los telegramas, las felicitaciones, las flores. ¡Hasta del Presidente Wilson!

Los jóvenes esposos leían, distribuían las flores, contemplaban los regalos. Enrique estaba entusiasmado y daba un grito de alegría a cada nombre nuevo:

—¡Todo el mundo se ha acordado de nosotros!

Pero el señor Benjamín no apareció por manera alguna. Dorothy se sobresaltaba a cada llamada del timbre pensando que fuese su padre o, cuando menos, algo de parte suya.

—Emprendémoslo en seguida el viaje de novios, Dorothy. Te comprando, pero no quiero que estés triste. Me pondrías triste a mí también. Tu padre vendrá a vernos más tarde. Ya lo verás.

Enrique quería celebrar el banquete de boda en uno de los locales más elegantes; pero Dorothy le pidió como favor especial que lo dejase a su elección. Dió unas señas al cochero y éste paró delante de un portalillo en una calle modesta y medio oscura.

Ninguna luz salía del interior.

—Está cerrado—dijo Enrique.

—La puerta está abierta. Entremos.

El local, semicircular, estaba solo.

—¿Qué vamos a hacer los dos en un restaurante donde no hay nadie?

—Basta con que estemos tú y yo. Siempre deseé volver a este sitio donde cenamos juntos por vez primera.

De pronto se encendieron todas las luces y de debajo de las mesas comenzaron a salir, con gran algarabía, los incondicionales de Caruso, que a coro les dieron la enhorabuena. Una orquesta empezó a tocar.

Enrique, conmovido, levantó las manos apretándoselas en señal de agradecimiento.

—Ha sido la mayor sorpresa que cabía imaginar. ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias!

Dorothy le pidió que la sacara a bailar, pues, de lo contrario, elegiría a otro caballero.

—¡Y yo le mato!—exclamó Caruso.

Y acto continuo le echó el brazo por la cintura y



23) El casamiento de Enrique con Dorothy merece la aprobación de todos, menos del padre, que todavía permanece irreductible.

24) Su vida de casados se desarrolla feliz entre el trabajo del teatro y el...





25) ...ambiente de bienestar que se respira en su cómoda maternidad, alegrada con la dulce sonrisa de una niña encantadora.

26) Caruso, en el apogeo de su carrera saturnalina, consolida siempre más y más su fama...





27) ...y hasta la púera Gloria
escucha atenta las romanzas
que canta papá para su ne-
nita.

28) Parece que su vida
sea lo más feliz que
pueda existir en el
mundo.



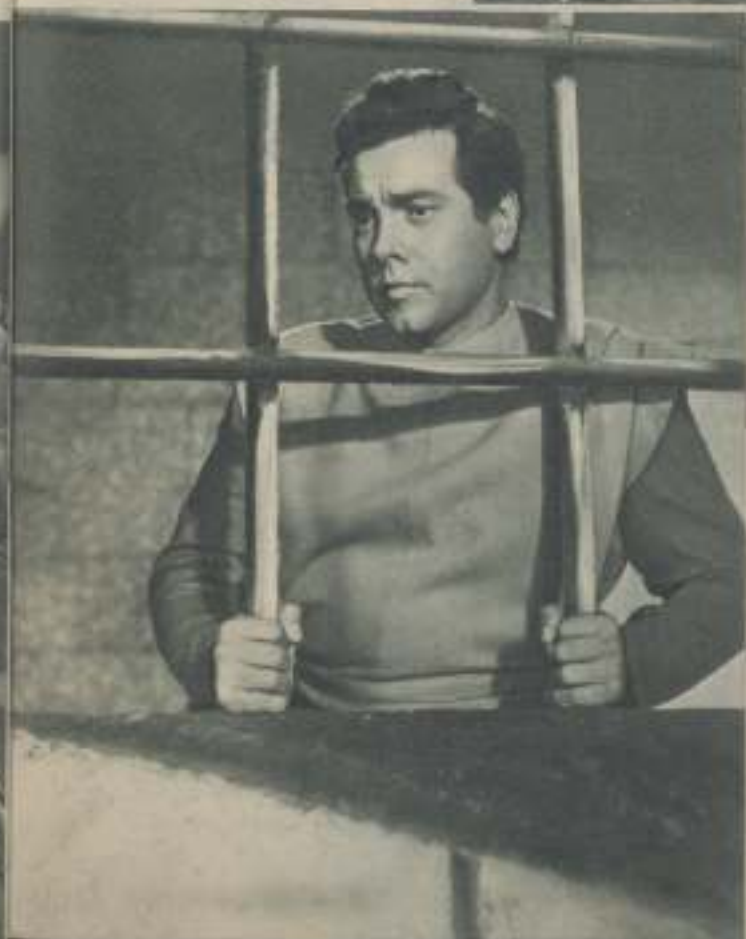


22) Pero, a pesar de sus éxitos, cada vez más resonantes, Corusco ha cambiado. Algo parece que turba su vida física y su equilibrio espiritual.

20) Sus respuestas del «Rigoletto», cantadas con arte sin igual...



31) ...las de la «Gioconda», que ofrecen amplitud para la potencia de su voz...



32) ...y las óperas, las interpreta con acabada perfección. El público está entusiasmado.

33) Su compañera y amiga comprende, sin embargo, que él hace un uso immoderado de las bebidas, hasta que...



34) ...muere en escena como describido por un rayo imprevisto, con dolor del mundo entero.

la llevó en volandas al compás de un vals vertiginoso. Todos reían de satisfacción y siguieron el ejemplo de la joven pareja, que había disminuido la velocidad para contemplarse mejor. Dorothy cantó, con voz tenue pero muy entonada y melódica, y más no poder. ¡Qué compañera más agradable para su vida alborotada!

—¡No sabía que cantases tan bien!

—Quiero prepararme para cantar junto a la cuna.



Luisa le dijo un día a Dorothy:

—Si te casas con Caruso, te habrás casado con una voz, ¡recuérdalo! ¡No existirá para ti!

Los amigos le tenían dicho a Caruso:

—Pienso bien lo que vas a hacer. Un artista debe estar libre como el aire.

Pero ninguna de estas profecías se cumplió. Enrique y Dorothy se amaban de verdad, sin limitación alguna de sacrificio por ambas partes. Además, no hay sacrificio para los que se quieren de verdad.

Cuando Dorothy llamó a Enrique a su habitación en el alborar de un día extraordinariamente luminoso, después de una noche de desvelos para todos, y le dijo: «¡Es una niña! ¡Es una niña!», Enrique conoció la cumbre de la dicha humana. Apreciaba a las mujeres por su debilidad, por su candor, por su bondad protectora y de consuelo. Su madre y Dorothy habían sido y eran los ángeles custodios de su vida. Se sentía feliz, por tanto, de que fuese niña la primogénita.

Todos los amigos acudieron a casa de Caruso, como torrentes espirituales, para festejar el feliz acontecimiento y felicitar al nuevo padre.

Dorothy oía complacida las voces alegres, las risotadas, el toco de triunfo con que Enrique les contaba, empleando mímica y ademanes enteramente partenopeos, la manera de desarrollarse el suceso memorable:

—El martes por la noche cenamos con toda tranquilidad, aunque ligeramente, ya se comprende. A medianoche no nos encontrábamos muy bien, pero no le dimos importancia a la cosa. Como medida preventiva llamé al doctor y en la madrugada del miércoles ya teníamos al bebé.

También se hicieron presentes los amigos de Dorothy: la primera, Luisa. Pero del padre, nada, ni una mala torjella. Fué Fink, el viejo ayuda de cámara y Enrique salió a su encuentro con la esperanza de que fuese portador de alguna noticia, que habría sido una dicha para Dorothy. Pero Fink sólo se representaba a sí mismo y traía su enhorabuena para la señora que había visto nacer.

—¡Pecor para él!—dijo Enrique—. Se priva de ver a una nietecita tan preciosa, más que todas las joyas.

Dorothy trataba de ocultar su sufrimiento, pero no podía hacerse a la idea de que su padre no se hubiera conmovido ni siquiera con la noticia de que lo había hecho abusar. Esta era la única mancha de su vida y le pesaba en el corazón.

Enrique estaba muy orgulloso de su hija. Durante la primera semana no se cansaba de llevar a sus amigos y conocidos para enseñarles su obra maestra. La niña sacaba a la nena al recibidor en un cochecito blanco y rosado y la pequesina siempre estaba pronta para emitir unos gorgoros increíbles con su garganta.

—Tiene mi garganta, eso es cierto—decía Caruso—. ¡Es mi retrato!

Acudieron también los periodistas para saber, cosa de la mayor importancia, los nombres que se impondrían a la recién nacida. Caruso se hallaba en aquel momento junto a la cama de su mujer, que le había preguntado si tenía alguna noticia de su padre, diciéndole él al momento, con la excusa que halló más a mano, que el señor Benjamín había telefonado para mostrar su contento, pero que no podía atreverse a salir de casa por estar muy constipado...

—¿Cómo le pondremos a la nena, Dorothy?—le preguntó, mudando de conversación.

—Me gustaría Susan. Es muy lindo, ¿no te parece?

—Sí. Pero la llamaremos Gloria, porque ha nacido de ti, que eres mi Gloria de verdad. Le pondremos Gradana, por agradecimiento y en recuerdo de mi madre. Y Victoria, porque hemos ganado la guerra. Por último, América, por ser de esta hermosa tierra. Gloria Gradana Victoria América Caruso. ¿te gusta?

—¡Eh, querido!

Día memorable fué aquel en que Enrique Caruso pudo impresionar por primera vez un disco con su

voz, ya famoso en el mundo entero. ¡Todas podrían usar la dicha de escucharlo más en los más apartados rincones de la tierra y hasta en un mismo tiempo!

—¿Un gran invento, Doró!

Antes que nada quiso impresionar una canción para la dulcecita de su Gloria. La cantó teniendo a la nena en brazos con amor inefable y obtuvo el éxito deseado. Al principio la pequeña se sonrió, dichosa, con un dedito en la boca, mirando atentamente a su padre para observar con curiosidad los movimientos de su boca; después, cerró los ojos y se quedó dormidita.

—Cuando tú seas abuelita cantarás esta misma cancioncilla a tus nietecitos y yo... te escucharé.



Gloria crecía y la pareja Caruso era un ejemplo de concordia y de amor conyugal. Poco terminó por acostumbrarse a la soberbia indiferencia de su padre, que al con el transcurso del tiempo la había perdonado. Se quedó sin madre de pequeña y ahora se había quedado sin padre, bien podía asegurarlo; pero la vida había sido pródiga en dones con ella y gracias a plena conciencia. La bondad y generosidad de Enrique no tenían límites para con ella, para la pequeña y para toda la humanidad entera. Ninguna necesidad le pasaba inadvertida, ya estuviese de manifiesto, ya permaneciese oculta, era huera descartada o pudorosa; él siempre intentaba o remediarla o curarla. ¡Era tan rico! Tenía abundancia de cuanto proporciona la vida: gloria, dinero, amor, felicidad... ¿Por qué no hacer partícipes a los demás? Una gira triunfal por el Canadá durante algunos meses le proporcionó nuevas satisfacciones y nuevos honores. No podía descansar. Pero es precisamente al no tener nada que desear cuando espera el dolor detrás de la puerta para pasársela a prueba.

Dorothy se había dado cuenta de que Enrique no era el mismo de antes. Parecía preocupado, aunque se esforzaba por no aparentarlo, sino mostrarse contento y descuidado. Sin embargo, no se percató que algunas veces que se emborrachaba quedados se atemorizaba y hasta perdía el color al ir a recibirlos. Un día le dijo a Luisa que le había sorpren-

dido en el cuarto de baño abriendo una portezuela disimulada con un espejo, viéndole, acto seguido, sacar una botella de licor de un armario y empinársela para enjuagarse la garganta.

—¿Para qué necesitas los licores los cantantes?

—A veces—le contestó Luisa—, para quitarse la irritación de garganta. Pero no debes preocuparte.

—Desde que hemos vuelto del Canadá lo veo balar bastante más.

Quien se preocupó de verdad fue Luisa, que en seguida marchó a verse con Alfredo Brami.

—¿Desde cuándo se ha dado a la bebida?

—Desde que se retiró en el Canadá.

—¿Ha llamado usted a algún médico?

—No se le puede hablar de eso. Se pone hecho una furia.

También le echaban los demás amigos y por eso estaban todos alarmados. Hubiesen querido que Enrique descansara durante algún tiempo y no cantase más. Él contestaba que tenía compromisos contraindidos y que se encontraba muy bien; no quería plañideras ni misélicas a su alrededor...

En realidad sentía que lo atenazaba una pena cada vez mayor. Él intentaba alejar la pesadilla, que no le permitía conciliar el sueño durante largas horas de la noche, en las que permanecía inmóvil para no despertar a Doró, y se esforzaba por mandar su temor a las tinieblas de donde había salido. Quería cantar porque cantando se ilusionaba, convencerse de que sólo se trataba de un fantasma, de una quimera.

Pero una noche se hizo tan potente su dolencia durante una representación, que Alfredo, que seguía con gran ansiedad, desde los bastidores, cada gesto suyo, le hizo fuerza para que se retirase, sin conseguirlo. En el descanso, entre el segundo y el último actos, Enrique notó que sus amigos Gino, Vucito, Alfredo y Tullio tenían la cara extraña.

—¿Qué pasa? Me sacudieron bien. La garganta está a punto.

—Sí, está llena de alcohol—dijo Alfredo.

—Pero la voz sale limpia.

—¿Hasta cuándo? Ya sabes, Enrique, que yo también cantaba, y por eso me doy cuenta de todo.

Por los ojos de Caruso pasó una sombra de angustia. Su mujer estaba en el palco de costumbre junto al escenario, como siempre. No había faltado a ninguna representación, a ningún concierto suyo, y esperaba el último acto. Debía evitarse que

aguardasen más tiempo tanto al público como ella. Ni el público ni Doro se percataron del esfuerzo que tuvo que hacer para llegar al final con normalidad.

Consentía, aunque algo pálido, Enrique saludó a sus amistades y mientras se mudaba de ropa preguntó a Dorothy:

—¿Te he gustado esta noche?

—¡Como siempre!

Respiró con profundidad y sonrió de placer al oír las palabras de su esposa. Ella estaba orgullosa de él y se consideraba muy feliz. Siempre se había sentido muy dichosa con él.

—Yo también, querida. Mi vida está completa como artista y como hombre.

La nube terrorífica que se había posado por un instante sobre sus cabezas parecía haberse disipado otra vez.

Pero él no lograba enganchar por más tiempo a sus íntimos y la misma Dorothy padecía terribles y negros presentimientos.

La Gioconda, el Aida, La Bohemia, el Baile de Carnaval... ¡Cuántas afirmaciones, cuántos triunfos!

Por todas partes muchedumbres entusiasmadas, locas de admiración, que hasta desenganchaban los caballos del coche, del cual tiraban los más fanáticos, y lo cubrían con montañas de flores, y lo encontraban celtas, latinas, hiperbólicas...

Cuando iba a comenzar sus actuaciones, siempre sacaba la medalla, besaba la sagrada imagen de la Virgen de Pompeya e invocaba a ella con la mayor devoción. Su primera mirada, al salir a escena, era para el palco donde se sentaba, algo retirada, la dulce mujercita, diminuta y elegante.

—Antes de empezar el espectáculo—decía Dorothy—, todas me miran; pero en cuanto se alza el telón, todas las miradas se concentran en ti. Y yo tan sólo te veo a ti.

La temporada del Metropolitan tocaba ya a su fin. Una vez terminada, Caruso atendería los consejos de sus amigos y se iría con su mujer y la nena a un hermoso país de sol, de flores y de aire puro. A Italia, seguramente a su Nápoles, nunca olvidada.



Aquella noche estaba preocupada Dorothy porque veía nervioso a su marido, fuera de lo corriente

en él. Había comido muy poco en todo el día y se había retirado varias veces. Por el olor presumía Dorothy que iba a ensagornarse la garganta con sus bebidas. Había función en el Metropolitan y las entradas quedaron agotadas.

Hasta el acto segundo la cosa pareció desenvolverse con regularidad. Enrique tenía por compañera de escena a Lular Heggar, la amiga apreciada. Nadie advirtió el nerviosismo de la actriz; su palidez, la misma que la de Caruso, se disimulaba con el disfraz. Ella le vio inexplicablemente angustioso mientras cantaba, llegando a vacilar.

Entendió que le invadía el espasmo cuando, por exigencias de la escena, hubo de estrecharle entre sus brazos. Comprendió que aquel abrazo era como una llamada de la muerte. Un sudor frío inundaba su cara; sus manos estaban heladas como las de un muerto. ¿Terminaría aquel dúo? Creyó que de un momento a otro iba a suceder una horrible catástrofe.

El acto acabó como Dios quiso y Lular acompañó a Caruso hasta su camerino. Tenía él la cabeza inclinada y se tocaba febrilmente la garganta. Parecía ahogarse. Dorothy ya lo estaba esperando. Apenas vio a Enrique corrió alborotada a su encuentro. Pero él se llevó repentinamente una mano a la boca. La mano quedó impregnada de rojo.

Alfredo se fué a llamar al doctor y a Gatti, el empresario del Metropolitan.

Caruso quiso quedarse sólo unos instantes y apuró la botella de la bebida.

El traspante fué a llamarle porque le tocaba salir, pero Dorothy no quiso dejarle marchar.

—No puedes, Enrique; espera por lo menos a que venga el doctor.

—No es nada, Doro; son las enjías que me sangran. Me encuentro muy bien. ¿Por qué no he de terminar?

Dorothy se echó desesperadamente a su cuello, pero él, acortándose, se desprendió de ella con dulzura:

—Doro, cuando ya era pequeño, estaba asustado, como tú ahora, y no quería cantar en la procesión. Mi madre me dijo: «Dios te ha dado ese gran don para que cantes. Anda, ve a cantar y yo escucharé tu voz...»

Se detuvo un momento. Volvía a ver, como en un espejo, la escena de aquel día tan lejano: él, de pocos años, abrazado a la rodilla de su madre;

a continuación, la procesión y el portal adornado...

—Vete a tu asento. Así te verá el público y creerá que no ha pasado nada, sacristía. El Señor me ha favorecido siempre y también me sostendrá esta noche.

La abrazó, le dio un beso en cada mejilla y la hizo salir con la mayor amabilidad. Después se arrodilló y rezó, sosteniendo los ojos:

—¡Virgen mía, protégeme, no me abandones!

El público, sin distinción de clases ni de localidades, saludó la reaparición de Caruso con una salva de aplausos.

El se inclinó reverente y extendió los brazos en cruz para mostrar su agradecimiento a todos de una vez y dirigió su mirada hacia la mucherita vestida de negro que estaba sola en el palco de al lado rojo.

Pero desde las primeras notas advirtió que había de esforzarse enormemente. Mil alfileres le pinchaban en la garganta y la voz salía rasgada. Luisa lo vio palidecer extremadamente bajo el disfraz y trató de reanimarlo con su mirada. El continuaba cantando como si hubiese estado solo, con los ojos cerrados, apretando los puños. Se en-

contraba junto a la sacristía y el coro formaba alas a derecha e izquierda. También los coristas se dieron cuenta de su sufrimiento y veían que vacilaba como si estuviese próximo a caer. El público, con un silencio impresionante, presentía que algo trágico iba a suceder.

Dorothy fue la primera que notó que estaba para caerse, y erguida, con las manos oprimidas desesperadamente al pecho, lo miraba fijamente como queriendo infundirle toda su fuerza vital.

Luisa acudió presurosa a sostenerle, logrando apenas impedir que ciese con la cabeza en el suelo.

La garganta más célebre, apasionante y conmovedora del siglo se había desahado para siempre. Dejaba de palpitar un corazón generoso, abierto a la bondad y a la belleza. Acababa de morir Enrique Caruso, el amigo de los pobres, el amigo de todos, el italiano que había llevado por el mundo entero el nombre de su patria como enseña gloriosa, colocándola muy alto. Pero su voz melódica reanima todavía las sinfonías ligeras o pesadas en las más renombradas escenas de la tierra como una prueba de que el Arte vive más allá de la carnosa existencia humana.





CINE ALBUMS

DON CAMILO

TERESA

KIM

EL PRINCIPE Y EL MENDIGO

EL GRAN CARUSO

EL PADRE DE LA NOVIA



En Prensa:

MUJERCITAS

EL PADRE ES ABUELO

CAPITANES INTREPIDOS

ADIOS, SEÑORA MINIVER

LAS MINAS DEL REY SALOMON

EDICIONES PAULINAS

Carreras, 12 (Paseo Príncipe)

MADRID